

**EN LO MÁS PROFUNDO  
DE LA TORMENTA**

**INSPECTOR RUIZ 3**



**JUAN IGLESIAS**

*Como el piloto en la tormenta busca  
la luz del faro que le guíe al puerto.*

*"Tan sólo dudas y terrores siento"* de Rosalía de Castro

1

El suave rumor de las olas al morir sobre la arena tenía un ligero efecto hipnótico sobre los hombres que aguardaban ocultos entre la vegetación. O al menos eso le pareció a uno de ellos que, inquieto, lanzó una mirada a su alrededor. Por un momento había llegado a temer que ese sonido hubiera terminado por hacer sucumbir al resto de hombres, pero los vio moverse imperceptiblemente y escuchó algún susurro salpicado de juramentos que le confirmaron que seguían despiertos y alerta. Tal vez, pensó, se debiera a que eran hombres acostumbrados a convivir con el mar, igual que con ese hermano con quien se vive y con quien no se deja de discutir, pero al que siempre se echa de menos y uno siempre termina por reconciliarse con él.

Una bocanada de brisa marina le trajo un perfume con olor a sal y a algas que llenó sus pulmones y los dejó con ganas de más. En su momento le había parecido un olor extraño y un tanto desagradable, pero ya había aprendido a respirarlo con deleite en sus paseos por el muelle o por alguna de las playas que rodeaban la ciudad. Olía a promesas de libertad y a tierras lejanas, pero también, y sobre todo a esas horas, a lo desconocido y a lo inesperado.

Se irguió un poco para echar una nueva ojeada hacia la playa, pese a saber que su intento iba a ser tan infructuoso como los anteriores. El cielo

2

nocturno estaba extrañamente despejado y una alfombra de luces brillantes había sido extendida sobre sus cabezas. Sin embargo, sobre el mar, la situación era bien distinta. Una capa de niebla parecía querer fundirse con el océano y lo rozaba con delicadeza sin llegar a fundirse con él. Ya hacía un par de horas desde que había maldecido su mala suerte y desde que deseaba ver esa maldita niebla en el cielo y no sobre un mar que impedía cualquier visibilidad.

Noche de contrabandistas, habían dicho los hombres al ver la capa gris con la que se embozaba el mar y no se habían equivocado. Iba a decirle algo a la sombra que se agazapaba a su lado, pero un par de ladridos rompieron el silencio de la noche antes de ser acallados violentamente a juzgar por el gemido que se escuchó a continuación.

- Ahí están – dijo la sombra, que se puso en cuclillas y se colocó a su lado, oteando la espesura gris.

- ¿Cómo lo sabes? No se ve nada.

- ¿Ha pescado muchos perros en el mar? Ese ladrido venía de ahí adelante y le aseguró que los perros no se meten por la noche a nadar. A menos que vayan bien secos en una barca.

Agradeció que la oscuridad de la noche ocultara el rubor que cubrió su rostro al escuchar la respuesta. La sombra tenía razón y debería haber sido él quien se hubiera dado cuenta de lo que sucedía. Antes de que pudiera decir nada, tiraron de él hacia abajo y volvió a verse rodeado de arbustos. El olor a mar, tan nítido unos segundos antes, sucumbía de nuevo al olor de la hierba fresca y al de la descomposición de las hojas que poblaban el suelo.

- Silencio. Ya vienen – susurró la sombra a su lado.

Aguzó el oído, sabedor de que sus ojos le iban a resultar de poca ayuda en esa situación. Al principio no percibió nada más que el ritmo monótono de las olas, pero conforme renunciaba a la vista, sus otros sentidos parecieron expandirse y de repente percibió sonidos y olores que antes habían pasado inadvertidos para él. Primero fue un suave chapoteo, casi ocasional, pero que pronto rompió el ritmo de las olas para imponer uno nuevo. Más suave, sí, aunque también más rápido. Acompañándolo, percibió el roce de la madera contra la madera y un crujido que para él sonó tan claro como una campana en medio de la noche.

Impaciente, volvió a recurrir a sus ojos. El sonido ahora era más claro, como si se estuviera acercando hacia ellos un ser de las profundidades y lo que escucharan fuera su respiración agitada. Por un momento aguardó ver surgir de entre la niebla uno de esos monstruos que poblaban las novelas que leía en su juventud a escondida y en las que los protagonistas luchaban contra seres de las profundidades o de épocas pasadas de la historia. Desechó esa absurda idea en cuanto la primera de las barcas rasgó la cortina gris que tapaba la visión de lo que sucedía en el mar. Eran cuatro y en cada una de ellas había por lo menos cuatro hombres, que remaban de espaldas a la costa. Solo en la primera de ellas, en la que estaba más adelantada, había una figura de pie. Se agachó instintivamente todavía más al ver como miraba en su dirección, aunque enseguida comprendió que la distancia que los separaba y la oscuridad lo convertían en invisible para ese hombre.

Las cuatro barcas llegaron a la arena y los hombres dejaron los remos

con la impaciencia del que quiere acabar el trabajo cuanto antes. Se movían con rapidez y el silencio que los rodeaba teñía de un aura sobrenatural la escena para todos los que lo estaban contemplando desde la espesura. Se sintió como un espectador de la antigua Grecia que estuviera contemplando desde el anfiteatro una obra en la que los actores tuviera prohibido hablar. Tal vez, aunque no fue consciente de ello, esa sensación se veía acentuada por el hemicírculo natural que formaba la escarpada costa y que amenazaba con rodear la playa de las Lapas. El viejo faro, que vigilaba la noche e intentaba escudriñar lo que sucedía en el interior del mar, iluminaba la escena periódicamente y aguardaba expectante, pero paciente lo que iba a suceder.

- ¿Vamos ya, inspector? - le susurró la sombra, sacándolo del trance en que parecía haber caído.

Iba a decirle que todavía debían de esperar cuando los ladridos del perro que acompañaba al hombre corpulento que había examinado la playa con atención rompieron el silencio de la noche y paralizaron, casi al unísono, los movimientos de los hombres en la playa. Levantó la cabeza y la tensión recorrió su cuerpo igual que la electricidad de un rayo que hubiera caído sobre él.

- ¿Qué pasa? - dijo la sombra a su lado. Su voz denotaba la misma tensión que sentía él, pero pudo notar la incompreensión añadida en su voz.

- Es el viento, ha cambiado. El maldito perro nos ha olido y los está alertando. Vamos allá o se nos escaparán.

Se puso de pie sin dar tiempo a que el subinspector Veiga reaccionara y su potente voz acalló por unos segundos los ladridos del animal en la playa.

- ¡Policía! ¡No se muevan!

Sin esperar a ver si lo seguían, echó a correr cuesta abajo. Mientras salvaba la veintena de metros que lo separaba de la arena sintió que el tiempo se había detenido. Todo, menos él, parecía haberse paralizado y por un interminable momento sintió la tentación de detenerse él también y marchar al unísono con el mundo. Justo en ese instante, cuando fue consciente de que se había convertido en el centro de las miradas de todos los que se hallaban en la playa, el mundo volvió a ponerse en marcha.

Los ladridos regresaron, el hombre corpulento comenzó a aullar órdenes a viva voz y los hombres que ya habían desembarcado corrieron hacia las barcas y comenzaron a empujarlas de nuevo hacia el mar. Escuchó tras él nuevos gritos de “policía” confirmándole que no estaba solo y redobló su carrera. Ya sintió la arena bajo sus pies. Dos barcas, las últimas en llegar, ya estaban fuera de su alcance y comenzaban a alejarse de la playa. Una tercera estaba varada sobre la arena como un animal herido y los hombres que la habían llevado hasta allí habían decidido abandonarla y montarse en las embarcaciones de sus compañeros. Solo quedaba una, la primera en llegar, a la que cuatro hombres habían logrado empujar hasta el punto en que ya flotaba, mecida por las suaves olas de un mar impertérrito ante lo que sucedía.

Se vio obligado a detenerse en seco ante la amenazante presencia del animal que había delatado su presencia. Era un perro de tamaño considerable el que se interponía entre él y la barca. Sus gruñidos amenazantes eran un presagio de que sus intenciones no eran buenas hacia él. Todo sucedió en un instante demasiado rápido. Un paso, solo un paso en su dirección,

desencadenó el ataque del perro. Se dio cuenta de que no le iba a dar tiempo a reaccionar y se preparó para tratar de esquivarlo, pero cayó desplomado casi a sus pies. El disparo le había dado en la cabeza. Asombrado, miró hacia su derecha, de donde había venido el disparo y vio a Veiga, temblando y con la pistola en la mano. Sintió un alivio inmediato, pero no se detuvo a expresar su agradecimiento. Había escuchado el grito de rabia del hombre corpulento al ver el destino de su perro. Sin pararse a pensarlo, entró en el mar y trató de alcanzar la última barca. El agua le llegaba por la cintura cuando logró agarrarla. Con un grito de triunfo, logró levantar la mirada a tiempo de ver como un remo se precipitaba hacia su desprotegida cabeza.

2

Todo se movía. Por un momento pensó que se encontraba en un barco a merced de una tormenta que lo arrojaba, igual que a un juguete, de lado a lado. El pánico le asaltó. Trató de incorporarse, temiendo ser engullido por el mar de un momento a otro, pero todo le dio vueltas. Pensó que iba a vomitar y sintió cómo la bilis se abría paso por su garganta, pero en el último momento logró contenerla. Entonces el barco desapareció y con ella también lo hizo la tormenta. Ahora se encontraba en una habitación oscura. No, se corrigió, no era una habitación. De alguna forma sabía que era un desván. Ahora ya no era él quien se movía, sino las fotos que se encontraban sobre su cabeza. Sabía que las había visto antes, aunque no era capaz de precisar cuándo. Eran fotografías de niños y podía ver la angustia en sus ojos. Una angustia que

7

empezaron a transmitirle a él. Intentó debatirse e incorporarse una vez más, pero esta vez quien se lo impidió fue una cara que sí conocía. Era Félix Puig y sabía para qué estaba ahí. Quería estrangularlo y terminar lo que no había podido conseguir la vez anterior. Sintió una enorme oleada de pánico y con un último esfuerzo consiguió darle un empujón y librarse de él. Por fin consiguió incorporarse y pudo mirar a su alrededor. Lo que vio, le desconcertó.

No estaba en ningún desván, ni tampoco a bordo de un barco. Estaba en una playa y, además, rodeado de caras conocidas que lo observaban con una mezcla de curiosidad y alivio.

- Ya sabía yo que no le pasaba nada grave, inspector

Veiga se encontraba a metro y medio escaso de él, pero en una posición cuando menos curiosa.

- ¿Qué haces ahí tirado en la arena?

- ¿Y usted me lo pregunta? Llevo un rato intentando reanimarlo y para agradecérmelo me ha pegado un buen empujón. Se ve que el golpe que le han dado con el remo ha terminado por averiarle la cabeza del todo.

- Lo siento – le dijo un tanto avergonzado por la situación – pensé que alguien me estaba atacando.

Veiga hizo un gesto quitándole importancia a lo sucedido. Se había dado cuenta de la turbación de Ruiz y había adivinado lo que había sucedido. Conocía con detalle lo que había sucedido en el desván de la casa del padre Domínguez y cómo había estado a punto de perder la vida. Sabía que no era fácil librarse de una experiencia así.

Ruiz miró a su alrededor. Comenzaba a amanecer y, poco a poco, la



niebla se desperezaba como un animal salvaje que se preparara para comenzar el día. Ya podía ver el contorno irregular de la costa, cuyo perfil estaba marcado por las laderas escarpadas de roca que se zambullían en un mar que tenía un tono verdoso que ya había aprendido a identificar como propio del tiempo revuelto.

- ¿Han escapado?

- No pudimos hacer nada – le dijo Veiga cogiendo la mano que le ofrecía y ayudándolo a levantarse – La última barca fue la que usted intentó detener, pero casi le abren la cabeza. Le confieso que cuando lo vi flotando en el agua pensé que lo habían matado. Cuando lo sacamos, ya se habían perdido en la niebla.

Al escuchar a Veiga recordó con exactitud lo que había sucedido. Fue consciente, por un lado, de que su ropa estaba empapada y, por otro, del dolor de cabeza que sentía. Se tocó con la mano el lugar donde le habían golpeado con el remo, pero el intenso dolor que sintió hizo que la retirara inmediatamente. De todas formas, se sintió afortunado al haber recibido solo un golpe que le dejaría un buen dolor de cabeza durante días. Era consciente de que había cometido una imprudencia y que las cosas podían haber terminado de una forma mucho peor para él.

- Al menos no se lo llevaron todo.

Señaló hacia un lugar de la playa donde había varias de las cajas que transportaban las barcas. Parecían ahora los restos de un naufragio que la marea hubiese depositado en la arena para suerte de quien los encontrase.

- Cuando llegó el momento de escapar, no se preocuparon de estas

cajas. Ahora ya podremos saber lo que traían.

Le hizo un gesto a dos de los policías que custodiaban las cajas y levantaron la tapa con un hábil movimiento de palanca.

- ¿Telas? – se sorprendió Veiga al ver su contenido – ¿Todo esto ha sido por unos manteles?

- Son algo más que manteles, Veiga, es contrabando – le reprendió.

Cogió la tela y la palpó. Se sorprendió de su suavidad y de su excelente manufactura.

- Esto es algodón. ¿Sabes cuánto puede valer un cargamento así en el mercado? Mucho dinero, más del que puedes imaginar. Y su valor se multiplicará si se introduce en España sin pagar aranceles. Los ingleses producen más y más barato que nosotros. Hundirán nuestra economía si sus productos entran sin traba alguna, ¿lo entiendes?

- Lo que entiendo es que casi le abren la cabeza y acaban con usted por unas cajas llenas de tela y, francamente, no me parece que merezca la pena.

El subinspector Veiga se alejó de él un tanto avergonzado por haber confesado su preocupación por la vida de su superior y comenzó a dar órdenes a los hombres para que se llevaran las cajas de allí, pero Ruiz había reconocido el aprecio que sentía por él el joven policía. Ya hacía tres años que se conocían y Veiga se había convertido en su mano derecha en todas sus investigaciones e incluso había llegado a recibir una bala que lo tenía a él como destinatario.

Examinó de nuevo las telas. Eran de buena factura, probablemente inglesas y estarían destinadas a venderse en algunas de las mejores tiendas

de Madrid a sus clientas de la alta sociedad, esposas de ministros o de políticos que no les daban a ellos los medios para detener la marea del contrabando que estaba acabando con la precaria industria española.

Dejó las telas de nuevo en la caja, pero esta vez algo más le llamó la atención. En el fondo, bajo las telas, había un paquete envuelto en un grueso papel. Comenzó a sacar las telas hasta que el paquete quedó a la vista. Para entonces Veiga ya había regresado a su lado, intrigado por su comportamiento.

- ¿Qué ha encontrado - le preguntó al verlo sostener el paquete.

Ruiz lo sopesó como si quisiese adivinar su contenido. Pesaba varios kilos y su contenido parecía homogéneo. Cogió la navaja que le ofreció Veiga y rasgó el papel. Lo que apareció ante sus ojos fue una especie de piedra hecha de algún tipo de material comprimido y de color oscuro, pero que al mismo tiempo tenía reflejos cristalinos.

Su mirada de extrañeza fue del objeto a Veiga, que lo miraba con el ceño fruncido.

- ¿Qué es esto?

Como única respuesta Veiga cogió su navaja y raspó una esquina de la piedra, que se deshizo casi al instante en polvo. Se puso un poco en la lengua e inmediatamente escupió un par de veces. Después, miró con preocupación a Ruiz.

- Tenemos un problema, inspector. Es opio.